

Biblioteca-Films

Selección **CRAS OLVIDADAS** 50 cts.



Elvie Brook

Mary Brian
Olga Blacanova



SCHERTZINGER, Victor

SELECCIÓN BIBLIOTHECA FILMS
NÚMERO EXTRAORDINARIO

Redacción, Administración y Talleres:
Calle Valencia, 234 - Apartado, 707
Centro de Depósito de Suscripciones: Barbad, 16
B A R C E L O N A

CARAS OLVIDADAS

(FORGOTTEN FACES, 1923)

Adaptación en forma de novela de la
película del mismo título, interpretada
magistralmente por el gran artista

CLIVE BROOK

SECUNDADO POR:

MARY BIKIN - OLGA BIELANOVA
y WILLIAM POWELL

por LOPE F. MARTÍNEZ de RIBERA

30000 UNA NARRACIÓN DE RICHARD WASHBURN

EXCLUSIVA
DE LA INVICTA



P. GRACIA, 91
BARCELONA

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

ATENCION!!

NO DEJE DE LEER

*Pasado, presente y porvenir
por las rayas de la mano*

30 céntimos

Lo que dicen las pantorrillas

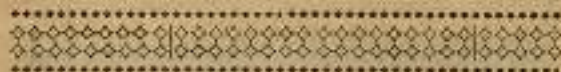
30 céntimos

*La vuelta alrededor del mundo
del "Conde Zeppelin"*

30 céntimos

Si no los encuentra en su localidad pídelos hoy mismo, acompañando el importe en sellos de correo, remitiendo cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.

Biblioteca Films - Apartado 07 - Barcelona



PRIMERA PARTE

Nueva York, la ciudad populosa de la democracia, penetra silenciosa en la media noche. Reverbera en el asfalto húmedo la luz penetrante de los faroles encendidos al amparo de las estrellas. Silenciosas ya las calles de los suburbios, lanzan su quietismo al asalto de las vías centrales de la metrópoli estadounidense, que van siendo ganadas por el silencio que llega de los barrios extremos, dispuesto a devorar la alegría y animación que las viste.

Desde el extremo de una calle plena de luz popemos, desde una de sus esquinas, arañar contras miradas el fondo de la calle dormida, a pesar de su luz, en el silencio más absoluto.

De allá lejos vienen resbalando hasta nues-

tros oídos unos pasos rotundos, firmes y uniformes. La noche que les cubre nos impide ver a quien se acerca. Nuestras pupilas, insistentes, penetran en el fondo de la calle, hasta que, estumados por la distancia, se posan sobre los que hacia ellas se dirigen. Son dos hombres, cada vez más cercanos a nuestra observación... Se acercan... Observemos.

Trajes de noche sobre, los que resalta el blanco brillante de las pecheras almidonadas, les viste. De elegantes sobretodos se cubren. La chistera del uno avergüenza con sus siete reflejos la humildad del hongo con que se toca la testa de su acompañante.

El primero tiene todo el aspecto de un "gentleman". El segundo lo intenta aparecer. Ambos caminan en silencio.

La mirada aguda del primero es de rey. La del segundo, de esclavo.

Han llegado a una tienda de flores, que se dispone a cerrar sus correderas metálicas.

El elegante caballero acepta un ramito de heliotropo que prende la florista en su ojal y es pagado por el caballero con largueza.

Siguen su camino, en silencio, y se pierden en la noche.

La florista comenta en su puesto de flores la generosidad del caballero, que todas las noches compra un ramito de heliotropo para su ojal.



[Acriba las manos]

Sigámosle...

Unas cuantas calles más, atravesadas en silencio. Y, por fin, la masa oscura y soberbia de un magnífico palacio que interpone su orgullosa masa en su camino. Una mirada de nuestros hombres a la calle oscura para cerciorarse de que nadie les sigue... Y la puerta que se abre a su paso, bajo el mandato de una llave maestra.

Varias salas dormidas en el silencio de la noche y un corredor, al final del cual se

encienden las rosas de una espléndida iluminación.

Penetramos antes de que el dintel de una gran sala iluminada lleguen nuestros hombres. Apenas nuestros ojos se han acostumbrado a la penetrante claridad que sobre ellos lanzan, espléndidas arañas de cristal, vemos una gran mesa central cubierta con un tapete verde numerado. En su centro canta una bolita de plata, impulsada en sus giros vertiginosos por las palas de una ruleta. A su alrededor, enojadas damas y caballeros elegantes. Sólo se percibe en la sala la vibración de las palas de metal que accionan sobre la bolita de plata. Estamos en una sala de juego, en la que desde la puerta de entrada quiebra el silencio una voz serena y varonil que ordena:

—¡Arriba las manos;...

Todos los jugadores se vuelven hacia la puerta de donde recibieron la orden y en cuyo dintel se hallan enmascarados nuestros hombres, quienes amenazan con el cañón de sus pistolas de repetición a los jugadores espantados, uno de los cuales trata, valeroso, de lanzarse sobre los enmascarados, que le tumban de un rápido culatazo en la nuca.

Los demás no intentan moverse, escarmentados en cabeza ajena.

La misma voz ordena amenazante:

—¡Todo su dinero y todas sus joyas, sobre el tapete y ¡ay! del que no obedezca!

El ojo negro de las pistolas amenazaba la abertura de sus imaginarios ángulos respectivos.

El dinero de todos y las joyas de todos pasaron al bolsillo de los audaces visitantes.

El que va adornado con un ramilo de heliotropo prendido en el ojal de su sobretodo devuelve una sortija a una dama, diciéndola:

—Señora, conserve usted ese recuerdo de boda. El matrimonio es la única institución humana a la que tengo algún respeto.

Devuelve luego un collar de diamante falsos a una dama opulenta en grasas y en arrugas y ofrece al valiente, único de los hombres que intentó defenderse y comienza a reponerse del trastazo que le valió su intento, un puñado de billetes, diciéndole al pasar:

—Toma; por valiente...

A la dama de diamantes falsos se la ocurre ordenar que llamen a la policía, siendo atajada por el enmascarado, que comenta con una sonrisa la ocurrencia de la dama:

—No estaría mal—dice—que invitasen a la policía a un garito... Sería algo insólito.

Los enmascarados, siempre ofreciendo a los despojados la boca negra de sus pistolas, se dirigen a la puerta de entrada, desde la

que ambos saludan ceremoniosos a sus víctimas.

La mano de uno de ellos corta el cordón de la luz. Se oyen sus pasos precipitados en el pasillo y a poco la puerta de la calle, que suavemente se cierra tras ellos.

Vuelven a sonar sus pasos acompasados y firmes a lo largo de la calle, en la que irrumpe un automóvil policial, del que desciende una sección de *policemen*, que se lanza a la puerta de la casa por ellos abandonada.

—Si qué es extraña suerte la nuestra... Si no hubiésemos salido dos minutos antes de lo que creíamos —dice el caballero consultando su reloj de oro—, la policía nos hubiera echado el guante. Extraño!

Y tras este comentario se pierden en la oscuridad de la noche, separándose poco después para dirigirse a sus domicilios respectivos.

* * *

Vamos de prisa, queridos lectores, y cambiaremos de ambiente. Nos espera la traición y la venganza. La una, negra, despreciable. La otra, verde, endemoniada.

Guiados por el diablo Conjuelo de nuestra obediencia, hagamos de crisal transparente

las paredes de una casa enclavada en el corazón de Nueva York y observaremos lo que en su interior acontece.

Una mujer bellísima, de blonda cabellera, de ojos rasgados y demoníacos en el verde color de sus pupilas, de labios carnosos y sensuales y de carnes pálidas bajo la transparente bata de noche que la cubre, fuma un cigarrillo perfumado y lee, tumbada en una cómoda cama turca, escuchando como quien oye llover el llanto angustiado de una criatura de pocos meses que en su cuna clama por las caricias de su madre, que ningún caso hace de su lastimero lloro.

Unos golpes dados quedamente a la puerta de la sala en que eso ocurre arrancan una sonrisa de los labios de aquella mujer, que corre presurosa a dar paso al que llega, y en cuyos brazos cae la mujer, que ofrece su boca lujuriosa y encendida en carmines a un hombre joven, que inspecciona receloso la estancia antes de entrar.

—Pasa y no te extrañe el olor. Quemo incienso para matar el perfume del heliotropo... Lo tengo metido en los sentidos.

—Por nada del mundo —dice el que llega— quisiera que "Heliotropo" me encontrase aquí.

—Pasa y no tengas miedo... "Heliotropo" no ha de volver... Lo he delatado a la policía y a estas horas estará a buen recaudo...

La mujer cierra la puerta y se ofrece, rendida, a su amante.

La niña no cesa de llorar.

La puerta de la alcoba contigua se cierra sobre la traición y la pasión cobarde. Y la pequeña criatura desgarrada con su llanto el silencio pesado que la envuelve, mientras su madre se envilece en las caricias de su amante y la Venganza se acerca a la puerta cerrada, tras de la que se esconde la traición.

Se oyen en la escalera pasos leves, acallados por la alfombra que la cubre. La puerta, abierta por una mano maestra, gira sobre sus goznes sin hacer ruido y se enmarca en su dintel la elegante silueta de "Heliotropo", que por tal se conoce, en el mundo del delito, al jefe audaz de una banda de ladrones que opera en las sombras, perseguida y temida por la policía de Nueva York, y al que de antemano presentamos a nuestros lectores en el asalto audaz al garito del que ha poco le vimos salir acompañado por uno de sus secuaces.

"Heliotropo" contempla extrañado el abandono en que se halla su hijita, que le tiende sus bracitos rosados al verle acercarse cariñoso a su cuna. Besa a su pequeño tesoro en la frente impoluta y observa la habitación, en la que la ausencia de su esposa no se explica, hasta que sus ojos acerados



¿Fuiate tú quién me detuvo a la policía?

y serenos se posan sobre un sombrero masculino, abandonado en un sofá.

Su rostro pálido se torna lívido y se fruncen sus labios en un gesto amenazador.

La puerta de la alcoba atrae sus miradas y se dirige a ella.

En sus manos, la pistola que conocemos brilla en los reflejos de su gabán, herido por la luz.

De un violento empujón abre de par en par la puerta. Un grito de espanto resuena en el interior de la alcoba, débilmente iluminada.

"Heliotropo" levanta, sereno, su brazo armado, apunta lentamente y un disparo se prende en el silencio con su detonación homicida.

Vuelve a hacerse el silencio y de la alcoba, desgredada y empavorecida por el espanto de la muerte que se reflejó en sus pupilas dilatadas, aparece en el dintel de la habitación en que su amante yace con el corazón atravesado por un halazo.

"Heliotropo" no hace caso alguno de su mujer. Acude a la niña, que llora, y se debate asustada en su cunita, y cuando a acallado sus lloros meciéndola en sus brazos, se vuelve a la mujer, que aguarda espantada, y la pregunta:

¿Fuiste tú la que me delató a la policía?... ¡Miserable!

La envolvió en su desprecio, guardó su pistola, tomó a su hijita en sus brazos y se dirigió a la puerta, diciendo a su mujer antes de partir de aquella casa para siempre:

—Me la llevo de aquí para que no sea como su madre. Me entiendes, ¿verdad?... Me la llevo... y ten en cuenta que si intentas volver a tocarla con tus manos infames te mataré como a una víbora... Ahí te queda tu amante. Busca en sus labios calor para tus besos, mala pécora.

Y cerró con llave la puerta tras de sí, dejando a su mujer encerrada con el cadáver de su amante, que allá en la alcoba mostraba al cielo el rubí sangriento que la mano vengadora de "Heliotropo" engarzara en su envilecido corazón.

Poco después, "Heliotropo", con su querida carga, pegada al corazón, llamaba a la puerta de un humilde casona, cuya puerta abrió a su jefe "Ranitas", su acompañante en el asalto del garito, ya conocido de nuestros lectores.

—¿Qué ocurre, maestro? —preguntóle al verle entrar con el rollo de carne rosada y sonriente que jugaba en sus brazos, con el

ramito de flores que se prendía en la solapa de su gabán de noche.

—Estuve en casa y me convencí de que tenías razón. Mi mujer me engañaba...

—Estaba seguro... ¿Qué has hecho?

—A ella, despreciarla... A él lo he matado... Ya comprenderás que soy hombre al agua y que antes de que la policía me prendiera he de hacer algo por el porvenir de mi hija...

—¿Qué piensas hacer?

—Mi ángel tiene hambre... Vete por leche y cuando vengas te diré lo que he decidido.

Momentos después, el angelito duerme y los dos hombres, que acaban de ponerse de acuerdo, salen, llevándola en sus brazos.

Caminan en silencio como sujetos por la pesadumbre enorme del sacrificio que "Heliotropo" se dispone a realizar.

Cruzan así varias calles y se detienen, por fin, ante una soberbia mansión, rodeada de un magnífico jardín, cuya puerta de hierro cede prontamente a su habilidad.

Al llegar frente a la puerta principal del palacio, "Heliotropo" besa enternecido a su hijita, a la que dulcemente deposita cercana al dintel, y que despierta sonriente alzando sus débiles bracitos hacia él que la dió el ser, quien la contempla dolorido, dejando

resbalar una lágrima—tal vez la primera en su vida—por sus mejillas, curtidoras por el dolor.

Se hace tarde y es preciso partir. La policía, seguramente, andará a su zaga.

Pone el ramito de heliotropo, que prende en su solapa, en las manos de su hijita, a la que besa, llorando, y por última vez aprieta insistente y nerviosamente el tiembre de la espléndida mansión y huye a esconderse con "Ranita" entre unos maticos próximos, desde los que puede observar sin ser apercibido.

A la insistente e intempestiva llamada de "Heliotropo", y sin duda por hallarse aún levantados, acuden los criados y los dueños de la casa, señor y señora Deane, quienes, al ver aquel angelito que les sonríe mostrándoles su ramito de heliotropo, acuden a ella emocionados.

La belleza infantil de la pequeña criaturita cautiva a los esposos, a los que se acerca el recuerdo de un angelito de aquella edad a quien acaban de perder.

Se miran el uno al otro, movidos por un mismo pensamiento, que las palabras de la señora Deane resume de este modo:

—¡Dios nos la envía en lugar de la que nos acaba de arrebatar! ¿Quieres, esposo, que nos quedemos con ella?... ¡Es tan linda!...

—Querida mía hacer una obra de caridad es tan gran deber, que siempre será del agrado

do del cielo. Hágase lo que desea tu santa bondad.

Y con la niña en los brazos, que, como si les comprendiera, les sonreía, penetran bajo su techo, encantados del pequeño tesoro de seda y de nácar que les concediera el Señor.

Fuera, "Heliotropo", ha mucho alejado del cielo, alza sus ojos a su bondad infinita y llora su dolor ante "Ranita", a la que dice, recalcando sus palabras:

—No lo olvides nunca, "Ranita"... 42, Park Place... El nombre es Deane... Recuérdalo siempre... No lo olvides nunca...

La diestra de aquellos dos hombres unidos para siempre en el delito se unió para sellar un juramento que había de caer benefactor por la linda cabecita de la niña abandonada.

—Pierda cuidado, maestro. Lo recordaré mientras viva.

—Gracias, "Ranita", gracias; Ahora vete y sigue siempre mi consejo. Con el producto de nuestros últimos robos puedes pasar humildemente lo que te resta de vida. Olvida tu pasado y déjame solo. La hora del sacrificio es para mí llegada.

—¡Heliotropo!

—Olvida ese nombre y déjate de sentimentalismos. ¡Vete! —ordenó, sin querer abandonarse a la emoción que ponía una lágrima en los ojos de aquel hombre que fue siempre

su esclavo y se dejaba enternecer al separarse de él de por la vida.

Volvieron a estrecharse las manos y "Ranita" se separó de aquel hombre, al que una traición había anulado para siempre, quitándole hasta las ganas de vivir.

Cuando "Heliotropo" se hubo visto solo se dirigió a un guardia, al que otros dos se habían acercado hacia unos instantes preguntándole si había visto pasar a un sujeto al que andaban buscando, y cuyas señas le dieron.

—¡Polisman!... ¿Qué ocurre? ¿Ha pasado algo?...

—Sí, señor. Han matado a un hombre, y andan buscando al asesino.

—¿Tiene usted mujer e hijos, guardia?

—Sí, señor; hijos y esposa tengo, señor.

—Y... claro está; si le ascendieran, su mujer y sus hijos se alegrarían mucho, ¿no es verdad?

—Claro es, señor; pero... no es fácil el ascenso.

—Si usted detuviera a un gran criminal que hasta ahora se hubiera burlado de la policía entera de Nueva York, ¿le ascenderían?

—Seguramente...

—Bueno, pues... Deténgame. Yo soy el hombre a quien andan buscando.

Así consumó el sacrificio de su libertad aquel hombre, que fué la desesperación de los mejores sabuesos de la ciudad, y que un día antes se sentía capaz de vencerlos a todos.

La traición lo quiso. Mató de un balazo al capalla que le traicionaba; pero al matarle habíale asesinado en el corazón y en el alma entera.

.....

¿Quiere usted aprender

Los bailes de moda?

Pída hoy mismo los métodos de:
TANGO ARGENTINO
EL CHARLESTON
BLACK-BOTTOM

Precio de cada método: **25 Cts.**

Si no los encuentra en su localidad, pídalos hoy mismo, remitiendo su importe en sellos de Correo, y 5 cts. para el certificado a

Biblioteca Films. Apartado, 707 - Barcelona

SEGUNDA PARTE

Han pasado los años... Veinte, por lo menos. Nadie recuerda ya a "Heliotropo". Otros grandes criminales vinieron a ocupar su puesto en el delito.

Sólo una mujer, encanecida en el vicio, le recuerda con espanto: su esposa. Sólo un hombre mantiene con él correspondencia: "Ranita".

Cuando volvemos a encontrar al héroe de la jornada anterior hemos tenido antes que alejarnos leguas y leguas de la urbe populosa y nos hemos visto obligados a transportar pesadas puertas de hierro y largos pasillos estrechos, y a padecer la vigilancia de los carceleros que guardan el presidio adonde, después de aquella noche, fué conducido de por vida.

Cerrado en una celda del tal presidio encontramos a Adams (el antiguo "Heliotro-

po"). A la escasa luz del atardecer del día en que le volvemos a encontrar contempla una porción de fotografías de distintas épocas, en las que se puede estudiar la transformación de una niña a través de los años que la hicieron mujer.

Son retratos que a su encierro, de época en época, le envía "Ranita", para llevar un consuelo a su corazón de padre.

Cada fotografía lleva en su parte posterior una inscripción de puño y letra de "Ranita".

En la primera se ve un bebé en los brazos de su aya. La inscripción canta: "Me ha costado un triunfo obtener esta fotografía. El aya sospecha."

La segunda es la fotografía de una preciosa niña de tres años y en su parte posterior dice: "Esta se la hice detrás de un árbol, hacia el que la atraje silbando como un pájaro. Le gustan mucho los pajaritos."

En otra se lee: "¿Verdad que está hecha una preciosa mujercita?..."

En la siguiente, la mano de "Ranita" escribió: "La señorita Alicia Deane está terminando su educación en el extranjero. La pobrecita tuvo un disgusto muy grande el mes pasado, cuando murió la señora Deane; pero no te apures. El viejo está más loco por ella que nunca. Tu mujer no deja de husmear por todas las partes, tratando de descubrir el pa-



Se oyó un diadité y tras él un grito de muerte

radero de la niña. El día que se me acerque la estrangulo."

El último retrato que le envía "Ranita" de su hija es un recorte de un periódico ilustrado, cuyo epígrafe dice así: "Miss Alicia Deane, que va a contraer próximo matrimonio con su prometido Norman Van Busen, hijo del famoso "Rey de los Ferrocarriles".

El pobre preso, en la contemplación de aquellos retratos, cifraba toda su dicha actual y pensaba en su hijita, que era feliz, ¡muy feliz!, según le comunicaba "Ranita", que se había convertido en un hombre honrado. Y agradecía al cielo su felicidad, dando por bien pagados sus sufrimientos de hacia veinte años en aquel encierro. Sus días de sufrimientos eran pocos, comparados con la gracia divina que descendiera sobre aquella niña querida, abandonada al abur de su destino.

¡Qué poco pensaba el pobre preso en sus sueños gozosos que en aquellos momentos el veneno de una mala hembra trataba de convertir en dolor la dicha de la hija de su alma y cómo hubiera mordido los hierros que le encerraban de haberlo sabido.

Y así era, sin embargo.

Estamos otra vez en la populosa metrópoli neoyorkina y otra vez las exigencias de esta historia nos obligan a ponernos en contacto con personas conocidas de antaño. Vamos a

penetrar en la humilde casa en que "Ranita" esconde la satisfacción de sentirse honrado.

En el momento en que pisamos sus umbrales, nuestro antiguo conocido rememora la noche fatal en que le conocimos al contemplar la impoluta pechera almidonada de su cantisa de etiqueta, que nunca más, desde aquel día, volviera a lucir sobre su dueño su botonadura de perlas negras.

Cuando más sumida se hallaba su imaginación en al remembranza es vuelto a la realidad por un grito, grito angustiado y un ir y venir de gentes bajo su ventana.

Atraído por lo insólito de tal perturbación de su vivir tranquilo, asómase a la calle, en la que un grupo de gente extrae de debajo las ruedas de un automóvil a una mujer elegantemente vestida y privada de sentido, al parecer.

Una voz que sale del grupo de curiosos señala a los que conducen a la atropellada la casa de "Ranita", por ser la más cercana.

El mismo "Ranita", desde su casa, les invita a ello y pronto es la mujer desvanecida extendida en su lecho. Casi al mismo tiempo que la enferma llega a su habitación un médico, avisado tal vez urgentemente por uno de los que presenciaron el atropello.

Cuando el médico separa los cabellos revueltos que cubrían casi por completo la cara

de la desvañecida, "Ranita" da un grito de rabia.

Ha reconocido en aquella mujer a la mala hembra que traicionó a su mejor amigo. La pécora venenosa que fué causa de la desgracia de "Heliotropo", su maestro.

—Fuera!—ruge el odio que en su pecho se exalta—. ¡Fuera de mi casa esta mala mujer!... ¡Saquen a esta vibora de mi casa! Fuera! ¡Fuera!...

—¿Cómo se atreve usted a hablar así de una mujer que se está muriendo?...

En aquel momento vuelve de su desmayo la mujer y, al ver el gesto de odio que crispa los labios de "Ranita", levanta hacia él sus manos cruzadas, como pidiéndole perdón.

—Estoy arrepentida de lo que hice—asegura balbuciente la moribunda—. Me muero, "Ranita"... ¡Perdóname!

Un estertor se escapa de su pecho.

—No quisiera más, antes de morir, que ver a mi hija para marcharme tranquila de este mundo... Tú sabes dónde está, "Ranita"... ¿Por qué no me lo dices? ¡Perdóname!

—No le haces ninguna falta a tu hija. Confórmate sabiendo que es feliz...

—Esta señora se muere—asegura el médico—. Procura complacerla en sus últimos instantes.

¿Es verdad que se muere, doctor?



Y puso el ramito de Heliotropo en la mano izquierda de la pequeña ahogada.

—¡Pero, hombre!... ¿No lo ve usted mismo?...

La respiración de la mujer es cavernosa y difícil. Silba el aire en sus pulmones como una maldición y es su tez blanco mate bajo las ojeras lividas.

"Ranita" se decide, por fin, a llevar un consuelo a aquella alma arrepentida en el último instante de su vida y la ofrece el periódico ilustrado en que se publica el retrato

de su hija y se anuncia su boda con el hijo de un multimillonario...

"Ranita" no tiene tiempo de arrebatarse el papel de las manos crispadas de la mujer, cuya fisonomía cambia rápidamente. De un salto se pone en pie la esposa de "Heliotropo", mostrándole, orgullosa de su estratagema, el papel que "Ranita" le acaba de dar y la hace dueña del secreto por él tanto tiempo guardado.

El fingido médico amenaza a "Ranita" con una pistola y ambos, sin volver la espalda a la furia recontenida del burlado "Ranita", escapan de la habitación, dejándole encerrado en ella y no sin antes haberle escupido al rostro la mujer.

—Veo, "Ranita", que siguen siendo tan tonto como antes. He tenido que esperar muchos años; pero, al fin, he conseguido lo que quería... De hoy en adelante yo misma me cuidaré de la educación de mi hija.

Y cerró su insulto con una carcajada que se metió en el alma de "Ranita", devorándola como un lobo carnívoro.

Entre tanto, "Heliotropo", mejor dicho: Adams—debemos de olvidar su antiguo nombre—, continúa en la prisión, siendo recluso

modelo, amado por los compañeros de su desgracia, por sus guardianes y por el director del establecimiento.

Cuando llega la hora de visita, contempla con alguna envidia, como muchos de sus compañeros son llamados al locutorio por sus familias o amigos.

¡A él no le visita nadie!

Cuando se halla sumido en estas tristes consideraciones, la voz de un guardián le saca de su ensimismamiento.

¡Adams! A comunicación con el cuatro.

¿Qué pasa en el mundo para que a él le llamen y quién será el comunicante?... Ha de ser "Ranita", y algo muy grave ha de ocurrirle a su hija cuando su único amigo se atreve a romper una consigna de más de veinte años...

Con la intranquilidad más absoluta mordiendo el alma llega Adams al locutorio. Sus ojos, aun no acostumbrados a la luz, no pueden percibir a la persona que, tras las rejas de su prisión le espera.

—¿No me aguardabas, verdad?—pregunta una voz de mujer irónica y mordaz, lanzando sobre la quietud de su alma un mundo de recuerdos.

Tiene delante de sí, tras de la doble reja, a la hembra negra que le traicionó, a su propia mujer...

—¿Qué quieres tú, vilhora?... ¿Qué nueva traición te trae a mi cárcel... Di pronto qué quieres y vete. ¡Vete!...

Una carcajada le escupe al rostro su impotencia.

—¿Con qué tú eres el célebre "Heliotropo"? ¿Qué perfume usas ahora?—vuelve la mujer a preguntar insultante.

El preso se estremece y, guardando su furia en el silencio más absoluto, vuelve la espalda a su mujer, dispuesto a abandonar el locutorio; pero su mujer le detiene con un gesto.

—No te vayas. Hacía muchos años que aguardaba este momento... No te vayas. He de comunicarte que conozco tu secreto. Me lo contó todo tu amigo "Ranita" para que no esperase más tiempo... Y ahora ya sé dónde se encuentra la niña bonita de papá. He venido sólo a eso: a gozarme en tu martirio. En cuanto salga nuestra hija del colegio entablaré litigio para retenerla. Aquí tienes una *cara olvidada* que nuestra hija no olvidará nunca...

Y mostraba al hombre desesperado en su impotencia su cara, retrato de todas las malas y bajas pasiones, que se le mostraba ahíta de venganza por entre los hierros de las rejas inamovibles.

Los dedos de él, crispados en los barrotes, que resistían impasibles sus furias, amenaza-



Dajadía que reposa un momento

ban al vacío, impotentes para llegar hasta el cuello de la mujer de baja ralea que venía a echar por tierra su labor en pro de su hijita del alma.

—¡Rabia, maldito, rabia! ¡No te tengo miedo porque no puedes salir de aquí! ¡Si me gustas! ¡Rabia!

Y sus carcajadas históricas acallaban el furor y los gritos de él, cuyas manos de hierro hacían temblar los barrotes de la maldita jaula en que vivía preso...

Tuvo que ser arrastrado a su celda por los servidores de la cárcel, a los que zarandeaba en su loco furor homicida.

Y en su celda cayó como un fardo, llorando ante aquellas puertas pesadas que se oponían a su afán de conquistar con sangre la tranquilidad y la dicha de su hija... Y llorando como un niño estaba cuando el alcaide de la prisión, que sentía por él especial debilidad, posó sobre sus hombros la caricia de su ruda diestra, diciéndole a la par:

—¿Qué te ocurre, Adams, para que tú llores de ese modo?...

—Me pasa una cosa terrible, alcaide. ¿Por qué no me deja salir?... exclamó el pobre padre, acongojado por su pena y entre cortado por los sollozos que desgarraban su pecho.

—Lo que me pides es imposible... Quebrantaste la ley y tienes que pagar sus consecuencias.

—Es que se está a punto de cometer un crimen mucho peor que el que yo cometí... ¡Yo le prometo volver, señor alcaide! ¡Yo le prometo volver, pero déjeme usted salir por unos días!

—Yo quisiera ayudarte, Adams—decía el alcaide, comprendiendo que aquel hombre atravesaba por un crítico y trágico momento en su existencia—; pero no puedo, Adams, no puedo... Perdería, si lo hiciese, mi honor y

mi carrera, y no creo que tú me quieras tan mal.

Y tuvo que alejarse de él, después de haber intentado llevar algún consuelo a la intranquilidad de aquel espíritu que desfallecía en brazos de su fatal destino.

* * *

Hemos llegado al siguiente día. Adams, que no puede resignarse a la crueldad de su destino, medita su evasión.

En el momento en que volvemos a hallarle va a ser encerrado con la cuerda de presos de su pabellón.

Un hombre, el reo 1309, se ha escapado durante el paseo y han de volver a esperar acontecimientos en la soledad hermética de su celda cerrada.

Uno a uno van entrando los presos en sus celdas, que se cierran al golpe automáticamente, a pesar de su pesada mole.

Antes de que esto se realice, y a expensas de su propio dolor material, cuando Adams ha entrado en su celda queda su mano atravesada en el quicio. La pesada puerta cae sobre la mano extendida y no se cierra del

todo la puerta; pero el dolor es más fuerte que él, le descubre y, con la mano destrozada, pasa a la enfermería, en donde queda preso de un desvanecimiento y de una fiebre alta germinada en su organismo por el dolor físico y el moral que le lanzan encima sus nervios, vencido por la tensión a que en las últimas horas se vieron sujetos.

Y llega la noche, en ausencia absoluta de todo su ser pensante, y, con ella, de la que es único y vigilado enfermo, un preso sucio de carbón y pestilente: el preso que escapara a sus guardianes, escondido en la carbonera.

El enfermero, al verle entrar, le reclama silencio y le ofrece un puñal y una lima. Está vendido al criminal, que pretende escapar a las garras de la justicia, que le envuelve en su tupidísima red.

—¿No hay nadie aquí que pueda vernos? — pregunta el asesino.

— Ese que duerme — contesta el enfermero, señalando a Adams.

— No importa; yo le haré callar.

Se dirige hacia el lecho donde Adams duerme, alejado de lo que le rodea y de la muerte que le viene encima.

"Araña" se llama el que por huir pretende matar. "Araña" conoció y fué secuaz de "Heliotropo", al que respetó siempre por su talento excepcional.



Pero ¡Ay de ti si me treicionas!

Cuando se da cuenta de que es él quien duerme con la mano vendada, la punta de su puñal no cae sobre el pecho que amenaza.

Adams despierta al sentirse zarandeado por la mano de "Araña", que, mostrándole el puñal, le dice:

— Si abres la boca correrás la misma suerte que los otros... ¡Con que chitón!

— No seas bruto, "Araña" — contéstale Adams—. ¿Por qué creas que me he dejado

coger la mano entre la puerta? Necesito salir.

—Conformes. Ayúdame si quieres ayudarme. Pero ¡ay de ti si me traicionas!... Vamos a anular al enfermero, no sea cosa que se arrepienta.

Con una cuerda que lleva a prevención, y mostrándole el puñal para asegurar su silencio, le ata.

El enfermero le deja hacer sin resistencia. Es lo convenido, para evitarle futuras responsabilidades.

Antes de que le hayan tapado la boca pregunta a "Araña" por el dinero que le prometió por su ayuda. "Araña" se limita a mostrarle la afilada punta de su puñal y le amordaza completamente, arrojándole como un fardo sobre una de las camas de la enfermería.

Mientras tanto, Adams lima, ayudado por su mano herida, los hierros de la reja de una de las ventanas. Pero tiene que suspender su afección. Unos pasos pesados se acercan a la enfermería.

Los dos hombres, detrás de la puerta, esperan la entrada del que llega para caer sobre él.

La puerta se abre y el alcaide, confiado, penetra en la enfermería. Las manos colosales de "Araña" caen sobre él, pero el alcaide es hombre fuerte y únicamente tras grandes



Se lanzó sobre él el faror, homicida del "Araña"

esfuerzos se deja amarrar. Mientras "Araña" cubre su boca, Adams le anula en sus movimientos con una fuerte cuerda.

Cuando el alcaide está vencido, "Araña" se vuelve a la ventana para limar sus hierros y Adams queda acabando de afirmar la ataduras al alcaide, que, mientras Adams va acabándole de atar, él le va susurrando en silencio:

—Cuando, por tu buena conducta, puse confianza en ti me prometiste que no intentarías escapar.

Adams abandona un momento su faena y separa del pecho del alcaide el puñal con que le impone silencio.

—Es por ella... ¿No comprende que sólo hago esto por mi hija amenazada?...—conféstale en silencio Adams.

El alcaide prosigue:

—Recuerda que me diste tu palabra de honor.

—Es por ella, señor!... Es por ella!

—Yo confiaba en tu palabra...—persiste el alcaide—. Creía en tu honor.

Chirría la lima en las manos del "Araña", que continúa su faena, y en el pecho de Adams arañan las palabras del alcaide, que continúa:

—Yo creí en tu palabra de honor, Adams...

Y Adams no puede más, hasta que, decidido por un extraño impulso, corta las cuer-

das que sujetan al alcaide. En veinte años de lucha consigo mismo ha querido hacerse un honor nuevo, alejado de todo delito, y aquel honor por él conquistado se impone.

—¡Ya está usted libre!

Adams y el alcaide no han contado con el "Araña", que al volver los ojos y contemplar la escena, se planta ante ellos, puñal en mano, dispuesto a vengarse de la trición de Adams, al que intenta llegar.

Pero el alcaide se impone y, al fin, después de una lucha desesperada y del auxilio de los guardianes que acuden al ruido de la pelea, se reducido el "Araña", no sin antes haber conseguido clavar los dientes de su puñal en el hombro de Adams, que, envuelto en sangre, cae en brazos del alcaide, certificando el honor conseguido en veinte años de arrepentimiento con la noble sangre de su corazón.

* * *

Pocos días después, Adams, completamente restablecido de sus heridas, se encuentra en el despacho del director, al que días atrás confiara la causa que le impulsó a intentar su fuga.

El alcalde le muestra en sus manos un papel con el sello del Gobierno y la firma del ministro de Justicia.

—He conseguido tu indulto, Adams—le dice mostrándole el papel—. He querido demostrarte que tengo confianza en ti y que soy agradecido a las buenas acciones de todos los hombres; pero si tu libertad equivale a una sentencia de muerte para tu mujer no firmaré el indulto.

—Le prometo que no la tocaré...

—Preciso tu palabra de honor, de ese honor nuevo hecho de tu amor hacia tu hija, de tu arrepentimiento y de tu sangre.

—Le doy a usted mi palabra de honor de que jamás intentaré levantar la mano contra mi mujer.

—Eres libre, Adams. Dame la mano. Sé siempre un hombre honrado y no olvides que te dejes aquí a un verdadero amigo, que no quisiera nunca verse precisado a ser tu carcelero.

Poco después, un hombre con los hombros hundidos por el peso de una gran pesadumbre deja correr por sus mejillas una lágrima al verse, después de veinte años, acariciado por el sol de libertad.

TERCERA PARTE

Cuando volvemos a encontrar a Adams le hallamos en compañía de "Ranita", con el que comenta la llegada de su hija a Nueva York, después de haber dado por terminados sus estudios en el colegio.

"Ranita" le puso al corriente de cómo llevó a cabo su mujer el engaño y le presta su ayuda en el plan que ha de desarrollar Adams para evitar daño a su hija sin faltar a la palabra de honor que dió al alcalde de su prisión.

El plan que ha días se madura en su cerebro está sujeto al siguiente versículo evangélico:

"Y aunque sea así, yo no te moleste; no obstante, siendo astuto te sorprendí traicionablemente."

El mayordomo de los señores Deane es un truhán que se pasa de listo. Adams, conocedor del corazón humano, se dió cuenta en seguida del canalla que se escondía bajo su mansedumbre jesuitica y en él pensó para utilizarse en beneficio de sus planes, mucho más después de haber oído a "Ranita", al que había encargado su vigilancia, a la par que un estudio de su pasado.

"Ranita" había llegado al final de su observación a la siguiente consecuencia, que exponía a Adams:

—He averiguado que el pasado de ese mayordomo no es muy limpio. Apretándole un poco le tendremos fácilmente a nuestra disposición.

—Está bien. Me basta. Ahora, tú, a hacer lo que te he ordenado. Yo me encargaré del resto y veremos si esa mala pécora se sale con la suya...

—Está bien, maestro... ¿El collar...?

—Ahí te tienes. Tú no te parcs. Continúa andando hasta volver la esquina... Yo me encargaré del mayordomo.

Pocos instantes después, nuestros dos hombres, apostados en las cercanías del palacio Deane, esperan el momento oportuno para poner en comienzo su preparado plan.

Por fin, se abre la puerta de la señorial mansión y el mayordomo da paso a su señor, que toma un coche y parte. Segundos después, "Ranita" pasa junto al criado, dejando caer, como descuidado, un magnífico collar de perlas, que cae en las plantas del mayordomo, quien, al darse cuenta, deja que se aleje un momento el dueño del collar sin avisarle para apoderarse de él, como lo hace, examinándole rápidamente y guardandoselo en su bolsillo interior, cuando cree que nadie le observa.

Cuál no sería su sorpresa al ver que, apenas ha realizado su hazaña, se posa sobre su hombro la mano de Adams, quien, fingiéndose policía, le dice:

—Hace algún tiempo que sabemos que es usted encubridor de ese ladrón... Entrégume el collar y sigame.

El primer intento del mayordomo es huir; pero Adams le detiene, diciendo:

—Tengo un hombre en la puerta posterior. Sigame por las buenas si no quiere que le entregue a la policía.

A los pocos momentos, el mayordomo y Adams estaban de acuerdo. El primero saldría por algún tiempo de Nueva York y el segundo ocuparía su puesto en el palacio de mister Deane.

Eran órdenes terminantes de Adams, que dió a elegir al mayordomo entre unos cientos de dólares y la cárcel, a la que se había hecho acreedor, más por su vida pasada que por lo ocurrido entonces con el collar.

—Saldrá usted de la ciudad—habíale dicho Adams—y no se dejará ver de nadie hasta que yo le llame. Pondré a un hombre de mi confianza en su puesto y atrapará así a los granujas que ando buscando. Haga lo que le ordeno y le prometo que cuando vuelva se le dará el empleo que tenía. Escriba usted.

Y Adams dictó al mayordomo la carta siguiente, dirigida a Mr. Deane:

"Muy señor mío:

"Siento mucho tener que despedirme de usted de esta manera; pero acabo de saber que mi esposa se encuentra enferma de gravedad en California y he partido para allá

en el primer tren. El dador de la presente, mi hermano Jaime, ocupará mi lugar hasta mi regreso, si usted no tiene inconveniente.

De usted su obediente servidor,

GUILLERMO ROBBINS"

A continuación de haber escrito esta carta, que pasó a poder de Adams, el mayordomo partía en el rápido de California, despedido en la estación por Adams y "Ranita", que no abandonaron al criado hasta que el tren partió.

Fué entonces cuando, al salir de la estación, contento por el buen giro que tomaba el asunto, Adams, dando una palmadita cariñosa en el hombro de su compañero, le dijo con afable reconvención, mostrándole la etiqueta prendida en el collar de perlas que había servido para engañar al mayordomo:

—No hay duda que te haces viejo, "Ranita". Mira lo que dejaste colgado en el collar: la etiqueta de su valor: tres dólares.

Y los dos hombres rieron de buena gana la poca atención prestada por el criado a las perlas, sin duda alguna, por lo menos, tan falsas como él.

El que esta historia transcribe ha de hacer una confesión al lector.

Al llegar a este punto, los ambientes distintos se suceden y los hechos de la comedia se precipitan para dar lugar a la tragedia más absurda, cuyos personajes, atormentados por la mueca espantosa de su destino, se desmoronan espiritualmente. El uno, en defensa del amor y de la dicha de un pedazo de su corazón, y el otro, acuciado en sus negros intentos por los verdes mandatos de la venganza y del egoísmo.

El primero trata de ahuyentar todo mal, toda preocupación que turbe los claros celos de la dicha de una hija a la que sacrificó su vida entera. La segunda, la mujer que tuvo en sus entrañas a aquella pobre criatura, trata de envenenar su bienestar, de vivir a costa de sus dolores y de sus bellezas.

El mal y el bien están en juego frente a frente. En la vida, las más de las veces, es el mal el que triunfa y, por lo tanto, en nues-

tra historia se retan, se buscan el corazón con el puñal de sus intentos y comienza la lucha, en la que uno u otro ha de sucumbir.

Encontramos a Adams al día siguiente convertido en el mayordomo Jaime, en el palacio de Mr. Deane.

La satisfacción del nuevo mayordomo no es perceptible en su semblante imperturbable; pero se enciende en su corazón.

Esta cerca de su hija. La oye cantar, reír. La advina feliz y es dichoso, como nunca en las lobreguezes de su celda pensara serlo. En su alma, como si el cielo le hubiera perdonado todos sus pecados, se había hecho el reinado de la luz.

El señor Deane y su propia hija estaban encantados del nuevo mayordomo, cuyas miradas afectuosas sorprendían a veces contemplándoles acariciantes. No hablaba apenas. No reía nunca; pero apenas expresado por ellos un deseo, tenía realización inmediata en la actividad del nuevo mayordomo.

Y la simpatía mutua en las almas es un

hecho probado. Los bien nacidos ofrecen al amor su propio amor. Los señores Deane adivinaban en los ojos tristes del mayordomo Jaime una renunciación absoluta a su servicio y agradecen aquel afán que se nota en los más pequeños detalles.

Aquella tarde, el señor Deane, desde la biblioteca, grita, llamando a su hija adoptiva: —¡Heliotropo!

Jaime se estremece y acude, livido, a donde sonó la voz.

—No es a usted, Jaime. He llamado a mi hija, a la que llamamos así desde que era pequeña.

Las lágrimas de Jaime se agolpan a sus ojos al recordar la causa del apodo. La noche en que hubo de verse obligado a abandonarles a su hija ofreció a su pequeña muñequita el ramito de heliotropo que adornaba su ojal... ¡Heliotropo! llamáronla sus padres adoptivos, recordando el ramito que jugaba en sus manos minúsculas! ¡Heliotropo!... El nefasto nombre, un día de desesperación de la policía, por ser representación de todo delito, era ahora símbolo purificado de toda inocencia... y el viejo "Heliotropo" lloraba viendo cómo aquellas lágrimas caían benéficas sobre su corazón arrepentido.

Un día—habían pasado muy pocos desde que presentara sus servicios en el palacio—

llamóle un señor, diciéndole, a la par que le entregaba una carta:

—Jaime, heche usted mismo al correo esta carta y esta noche, cuando venga la señora a quien va dirigida, hágala pasar, evitando que nadie nos interrumpa en la conferencia que con ella he de tener.

—Serán sus órdenes estrictamente cumplidas—dijo el mayordomo tomando la carta que le ofrecía su señor y saliendo para ponerla él mismo en el buzón.

La carta iba dirigida a su esposa.

Adams rasgó el sobre y leyó su contenido, volviendo luego a poner un nuevo sobre, impregnando el papel en perfume de heliotropo.

La carta que citaba a la vibora para el día siguiente, a las ocho, salió para su destino, al mismo tiempo que un certificado conteniendo un frasco de esencia de heliotropo, que dirigía Adams también a su mujer.

La sorpresa de ésta cuando recibió la carta impregnada del maldito perfume y el frasco que guardaba tal esencia tornóse en pánico, en terror.

El recuerdo de su esposo se prendió en su espíritu para torturarle y pasó un mal momento de horrible desesperación, de la que fué calmándose poco a poco, mientras se decía:

— Soy estúpida. Mi marido está en presidio. Al celebre "Heliotropo" le he visto yo enjaulado y envuelto en la desesperación de su impotencia. Podría haber huido, sin embargo; pero lo hubiera leído en la Prensa o le hubiera visto en seguida a mi lado, dispuesto a matarme. Con mi marido—se decía temerosa—no se puede jugar y cuando estoy viva, después de lo que le he hecho, es que él está encerrado y, por tanto, imposibilitado para matar.

Se lo decía para tranquilizarse; pero seguía el presentimiento dando pábulo al terror que tanta en el alma aquella mala hembra, que, como medio absoluto de burlar a su esposo, acordó cambiar de domicilio, yéndose a esconder en una vieja y pobre casa de los barrios humildes del viejo Nueva York.

Una vez allí, se creyó segura. No se había dado cuenta de que todos sus pasos eran vigilados por "Ranita", que estaba encargado de no abandonar ni un momento a la mala mujer que intentaba destrozar el corazón de su propia hija.

* * *

Al día siguiente, martes, a las siete, ya estaba preparada la mujer para acudir a la cita que le diera el señor Deane.

Tomó un coche y a las ocho en punto se apeaba de él y se despedía a las puertas del palacio Deane, donde, tras de las ventanas, y en la oscuridad, la observaba, fijo e imperturbable, el mayordomo Jaime.

Estaba la mujer radiante y ya a dos pasos de vencer en su negro intento. La esperaban. No había más que hacer que apretar el botón del timbre, dar su nombre y luego exigir.

Ya se disponía a realizar lo primero; y cerca estaban sus manos del botón eléctrico, cuando las separó aterrada, desencajándose su rostro y agrandándose sus ojos hasta casi salirse de las órbitas.

Colgado del timbre aparecía, como moviéndose de su terror, un pequeño ramito de

heliotropo, que parecía amenazarla con el ariete de su venganza.

Y huyó, presa del más absurdo espanto, mientras las persianas, en la faz imperturbable de Adams, se dibujaba una sonrisa y sus ojos se alzaban al cielo como dándole gracias al Señor.

Había que continuar el plan hasta su definitivo desenlace y le pedía al cielo fuerzas para continuar, sin necesidad de verse obligado a mancharse en la sangre de aquella mala mujer.

Después de haber corrido, presa del terror, a encerrarse en su humilde cuartucho, y después de haberse encerrado en él desesperada, la esposa de "Heliotropo" se sentó sobre su lecho. En sus ojos parecía haberse cristalizado el espanto, y como si presintiese que un peligro inminente la amenazaba, preparó su

revólver y se dispuso a escribir una segunda carta a Mr. Deane.

Lo que la sucedía era absurdo y, mucho más, aquel miedo que invadía todo su ser. Ella fué siempre una mujer valiente y no iba ahora a abandonar la partida, que había durado veinte años, cuando la victoria estaba en sus manos.

Se fué serenando mientras escribía, pidiendo una segunda cita al millonario, padre adoptivo de su hija.

La carta, puesta por ella misma en el correo y que antes de llegar a su destino había pasado por las manos de Adams, el silencioso mayordomo, decía lo siguiente:

"Mr. Ralph Deane.

Muy señor mío: Por causas imprevistas, anoche no me fué posible ir a su casa. Si no tiene inconveniente, iré el jueves. Si no le es posible recibirme ese día, le agradeceré me lo comunique por telégrafo a mi nueva dirección: 419, calle Octava.

LILY ADAMS"

Aquella noche no pudo dormir tranquila. Poco después de haber llegado a su cuarto, después de haber puesto en el correo la citada epístola, notó que una mano invisible había puesto sobre su tocador otro ramito de heliotropo.

Ya no había duda: "Heliotropo", su esposo, la perseguía inclemente. Había que guardarse de su furor y toda la noche durmió con la pistola bajo la almohada.

El insomnio en que toda la noche había estado sujeta la abandonó al despuntar el día. Pero nuevamente el terror llamó al silencio de su sueño intranquilo.

Se despertó, con la seguridad de que andaban en la cerradura, y no estaba falta de razón. Desde fuera, y silenciosamente, alguien trataba de forzar la puerta.

Fuera de sí, temerosa y desesperada, empuñó el revólver y disparó sobre la puerta. Unos pasos se sintieron correr acelerados por el pasillo y a poco, desgajándose en improperios, se oyó subir a la portera, quien, al ver en su mano todavía el arma con que había hecho los disparos, se dirigió a ella enfurecida, diciéndola entre insultos, sacados de lo mejor de su repertorio:

—¿Se ha creído usted que mi casa es una galería de tiro?... ¡Llévete sus trapos y márchese al instante! ¡No quiero locas en mi casa. ¡Largo, largo de aquí si no quiere que llame a la policía!

—¡Señora, he tenido miedo! Creí que andaban en la puerta.

—Esta es una casa pobre, pero honrada, y aquí nunca ha pasado nada de eso. De mo-

do es que váyase usted, y cuanto antes, mucho mejor.

Y la dejó, cerrando tras de sí la puerta bruta-

lamente. Estaba deshecha. Sus nervios, en tensión por el insomnio, y el terror le tenían en un exceso hipersensible que se acercaba mucho al momento de anomalía absoluta.

El aire frío de la mañana refrescó sus sienes y fué poco a poco reaccionando y echando de ella su terror. Estaba dispuesta a defender su vida y lo que ella llamaba sus derechos.

—¡No faltaba más— pensaba— que esa niña bitonga viva en un palacio, tenga joyas y arrastre un gran tren, mientras su madre se ve obligada a todo género de renunciaciones y bajezas para vivir!...

Ni "Heliotropo" ni nadie podría detenerla en su camino. Faltaba muy poco, horas no más, para que llegase el día de la gran partida y estaba dispuesta a jugarse el jueves el todo por el todo.

Y el jueves llegó y, con él, el día más feliz para Alicia Deane, la hija de "Heliotropo" y de Lily Adams.

El palacio de Mr. Deane estaba en plena fiesta. Era el día de sus amistades y había anunciado Mr. Deane oficialmente los próximos esponsales de su hija adoptiva.

Alicia, la monísima y excelente miss Deane, era feliz. Amaba a su prometido con todo el fuego de su joven corazón y se sabía amada por él con la misma intensidad.

Y aquel día venían a su memoria las felices horas de amor ingenuo pasadas a su lado; su primera promesa; el divino y embriagador veneno del beso primero, que llenaba de fuego pasional sus labios, y la bendita primavera de flores que inundara su alma a partir del día en que se señaló la fecha de su unión con el hombre a quien amaba más que a su vida.

El señor Deane era feliz, viéndola dichosa revolotear por entre los presentes y regalos de boda, rodeada de sus amigas y envuelta en la mirada amorosa de los ojos cariciosos de su prometido.

El pobre Adams también era feliz. Nunca soñó con serlo tanto y seguía a su joven señora con sus ojos prañados de lágrimas.

Hubo un momento en que el padre adoptivo, viendo al verdadero padre inundado, al parecer, de la misma felicidad que a él le envolvía, le dijo, dándole una palmadita cariñosa en el hombro:



El recuerdo del primer beso

¡Buen Jaime! No hay nada que satisfaga tanto a un padre como la felicidad de sus propios hijos.

—¡Aunque esa felicidad sea a costa de la suya propia, señor!...

Y se alejó con los ojos arrasados de lágrimas, dejando extrañado a su señor de aquel momento de sentimentalismo que no pudo reprimir.

¡Pobre Jaime! exclamó Alicia, que había presenciado la escena... ¡Tal vez algún recuerdo!...

—Sí, hija mía, eso debió ser.

Alicia se dirigió al lugar en que, rígido y siempre en su papel, se hallaba el mayordomo.

—¡Jaime! —le dijo—. Está usted siempre metido entre estas cuatro paredes. ¿Por qué no sale usted hoy? Es éste para mí el día más feliz de mi existencia y deseo que a mi lado todos sean felices...

—Lo soy, señorita. Sin saber por qué, es la mía su felicidad. Pero permítenme que me quede hoy también aquí a su lado... ¡Quisiera poder estar aquí toda la vida!... ¡Yo también tenía que tener una hija buena y dichosa como usted, señorita Alicia!...

—Haga usted lo que quiera y tenga usted en cuenta que todos le queremos...

—Si él hubiera podido besarla... ¡una vez tan sólo! ¡Como la besó aquella noche en que puso en sus manos el ramito de heliotropo, del que tomó su nombre! Como estaba seguro que nunca iba a poderla besar. ¡Será ése —se dijo— mi castigo!... ¡Alahado sea el nombre del Señor!...

Cuando, aquella noche, se marcharon los invitados, Mr. Deane llamó al mayordomo Adams para decirle:

—Si viene alguien preguntando por mí, y



Aquel día se casó Alicia ¡Muy feliz!

este alguien es una mujer, hágala pasar y mientras se halle en mi despacho no permita que nadie me interrumpa.

— Está bien, señor.

En el salón, después de cenar en la intimidad, conversaban agradablemente el señor Deane, su hija Alicia y su futuro esposo.

Los criados habían ido retirándose a sus habitaciones particulares de la parte posterior del edificio.

Adams, el mayordomo, siempre en silencio, fué apagando todas las luces, dejando solamente alguna disimulada en los recodos de los pasillos y de la escalera que conducía a los pisos superiores.

Cuando dieron las ocho, un coche se paró frente a la puerta del palacio, saltando de él una mujer. Era Lily Adams.

Cuando llegó a la puerta ya estaba ésta entornada para darle paso.



En el salón Mister Deane, su hija y el prometido de ésta, conversaban sobre la felicidad que traerán consigo los futuros esposales.

Vió al mayordomo embutido en la rigidez de su librea y le siguió por donde la indicaba sin volver el rostro hacia ella.

Lily estaba extrañada del largo camino que la hiciera correr el silencioso mayordomo, tras el cual subió hasta el último piso. Cuando llegó al final del camino, la puerta se cerró tras ella. El mayordomo la hizo señas para que entrase en una habitación débilmente iluminada.

Entró y cuando alzó los ojos al rostro del mayordomo, vió con espanto, erizados los cabellos, que se hallaba frente a "Heliotropo", un "Heliotropo" lívido, agigantado por el misterio en que se envolvía; con sus ojos fijos en sus ojos, que ahrian sus pupilas para mejor ver, creyendo la realidad producto de una alucinación maldita.

Loca, desesperada, sacó un revólver que llevaba a prevención e hizo fuego sobre su esposo.

La bala penetró en su pecho; pero Adams no dió un grito. Se llevó la mano a la herida sangrienta y, sin dejar de mirarla, cayó sobre sus rodillas.

Aquella mirada podía más que su revólver, que, soltó aterrada, sin dejar de mirar aquellos ojos que la maldecían y la hacían retroceder sugestionada por su extraño influjo.

Quiso salir; pero estaban las puertas ce-

rradas. Sólo una escalera adosada al muro exterior del palacio le ofrecía camino de escape. Por la escalera interior que atravesaba para subir se oían pasos precipitados y las voces de los criados, que corrían presurosos.

Puso pie en la escalera para huir... En los ojos de "Heliotropo" se encendió una luz extraña. Fué un segundo nada más. La escalera cedió bajo el peso del cuerpo maldito de Lily Adams, de cuya garganta se escapó un grito desgarrador. Después, un golpe abajo, en las losas... y después, silencio... silencio...

No tardaron mucho, Mr. Deane, su hija y el prometido de ésta en entrar, seguidos de los criados, en la estancia, en que envuelto en su sangre, veía Adams llegar su última hora.

—Perdón, señores! — dijo al verles entrar, iluminando su rostro con una sonrisa de satisfacción—. ¡Les doy un mal rato, lo comprendo! ¡Perdónenme!

Estaba rodeado por aquellas nobles almas, que no sabían a qué achacar aquella muerte.

—¡Me ha costado la vida, señorita Alicia, pero ya puede usted ser feliz!... Yo, mañana, no estaré aquí cuando usted se case, señorita... ¡La deseo toda la felicidad que podría desear a mi propia hija!... ¡Déjeme besar su mano, señorita! ¡Así!... ¡Yo también me muero feliz!... ¡Qué feliz! ¡Qué feliz! ¡Perdón,

señor! ¡Qué feliz, seño. ri... ta... Ali... cia!
¡Qué... fe... liz!

Y cerró sus ojos para siempre.

Alicia lloró mucho por aquel pobre hombre que tanto la había emocionado con su nombre, pero nunca se figuró nada.

Mister Deane cree estar en el secreto de aquellas dos muertes de que fué testigo su palacio...

"Ranita", todos los años, en tal fecha, envía a la señorita Alicia Deane un ramito de heliotropo, que, sin saber por qué todos los años besa la feliz Alicia, porque aquel ramito le parece hálado de una eterna felicidad.

F I N

.....
No deje de solicitar el Catálogo General de BIBLIOTECA FILMS que contiene la colección más amena y sugestiva de novelitas cinematográficas. Escriba hoy mismo (y se lo mandarán gratis a) BIBLIOTECA FILMS - Apart. 707 Barcelona

OIGA!...

Estos son los
mayores éxitos:

TANGOS ARGENTINOS

BIANCO BACHILIA
MARCUCCI
LOS MEJORES TANGOS
IMPERIO ARGENTINA
SPAVENTA
LINDA THELMA
MANUEL BIANCO
CARLITOS GARDEL
PEPE COHAN
SOFIA BOZAN
CATULO CASTILLO
ERNESTO FAMA
JULIO DE CARO

ada librito contiene 20 tangos modernos diferentes
PRECIO DEL LIBRO: 30 céntimos

Si no los encuentra en su localidad
PIDALOS ANTES DE QUE SE AGOTEN A
BIBLIOTECA FILMS.-Apartado 707.-BARCELONA
que remitiendo el importe más cinco céntimos
en sellos de correo, se los enviará en seguida

TANGEMANIA

REVISTA
MUSICAL
ILUSTRADA

Números extraordinarios 60 céntimos

- Núm. 1.—ESTA NOCHE ME EMBORRACHO
LA INGLESA. Agustín Irusta.
Núm. 2.—EL CARRERITO :: POMPAS DE
JAHON. Lucio Demare.
Núm. 3.—NISO BIEN :: AVE NOCTURNA
Roberto Fugazot.
Núm. 7.—BARRIO REO :: ALAS
Irusta - Fugazot - Demare.
Núm. 9.—LA CIEGUITA :: SILBIDO. Gilda.
Núm. 12.—DESILUSION :: EL RUISEÑOR.
Eduardo Blanco.
Núm. 15.—COMPADRON :: PERDONA... CHE
Spaventa.
Núm. 17.—LA BOURACHEIRA DEL TANGO
MUCHACHITO. Mario Melfi.

Números corrientes 40 céntimos

- Núm. 4.—LA REJA. Marquet.
Núm. 5.—MIS LOCOS SUEÑOS.
Eugenio Galindo.
Núm. 6.—VIDALITA.
Bachicha (L. B. Drambrogio).
Núm. 8.—ARRABAL. May Turganova.
Núm. 10.—LLEVATLO TODO. Gilbert.
Núm. 11.—CARNE DE CABARET.
Imperio Argentina.
Núm. 13.—MOSQUITA MUERTA.
J. Manuel Calvi.
Núm. 14.—CANCIONERO.
Manuel Buzón.
Núm. 16.—BARRIO VIEJO. Guillermo Barbieri.
Núm. 18.—SIN ALMA. A. Celenza.

PRECIOS A

BIBLIOTECA FILMS, Apartado 707 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.

Tarjetas postales al bromuro

CELEBRIDADES DEL CINEMA

Colección de 10 postales. 2 ptas. colección

SERIE A

Clara Bow	Ramón Novarro
Sue Carol	Charles Farrell
Dolores del Río	George O'Brien
Janet Gayner	John Gilbert
María Casajuna	Charles Morton

ESCENAS PREFERENTES

Colección de 10 tarjetas postales.

2 pesetas colección

Los Cuatro Diablos

JANET GAYNOR

— PEDIDOS A —

Biblioteca Films-Apartado 707-Barcelona

No se venden postales sueltas. Acompañar el importe en
sellos de correo o por Giro Postal.